

## **Planificación de la Actividad periodística I**

**Lic. de Ciencias en la Comunicación**

**Facultad de Ciencias Sociales-UBA**

### **Subjetividad y periodismo**

Jorge Fontevecchia

Clase del 17 de Junio de 2014

El concepto duro de objetividad resulta hoy en día difícilmente defendible. Sin embargo en el periodismo, tanto productores como receptores, lo utilizan continuamente. ¿Qué quieren decir unos y otros cuando dicen que algo es o no es objetivo? ¿A qué clase de subjetividad convencionalmente aceptada o rechazada se están refiriendo? ¿Objetivo es intersubjetivo?

La situación no es diferente en el ámbito académico. En la enseñanza de periodismo en las principales universidades del mundo se continúa utilizando el concepto de objetividad mientras que en las mismas casas de estudio en todas las demás carreras de ciencias sociales el concepto de objetividad no es muy distinto al de unicornio.

Ese evidente desacople entre lo manifiesto y lo operativo acerca de la objetividad en el qué hacer periodístico ha venido teniendo dos grandes líneas de respuestas opuestas: la profesionalista, que trata de mantener lo más inalterable posible el concepto absoluto de objetividad y, en el otro extremo, la militante, que no le asigna autonomía al periodismo respecto de la política.

Este trabajo asume la convicción de que ambos enfoques son errados. El profesionalista es arcaico porque queda anclado al concepto de objetividad prevalente hace dos siglos cuando en el apogeo de la modernidad el periodismo se masificó como profesión. Y el militante porque se detiene en un estadio aún anterior de cuando el periodismo no era una profesión autónoma y autosustentable sino una herramienta más de la comunicación y la propaganda política.

Uno no tiene en cuenta todos los aportes introducidos desde la filosofía y todas las ciencias sociales a la discusión sobre la verdad, el otro, mal entiende esos aportes. Ambos comparten algo en común: el hacer pocos esfuerzos por salir de su zona de confortabilidad.

Es nuestra obligación reformular el concepto de lo llamado objetividad en el periodismo sustituyéndolo por otro que de cuenta del componente subjetivo que habita a toda creencia –aunque sin caer en el relativismo de que todas las creencias sean igualmente válidas– para así poder formular nuevos criterios de verificación que recreen las credenciales epistémicas del discurso periodístico.

El desfase entre el concepto manifiesto y concepto operativo resulta de la aplicación de dos modelos divergentes. Respectivamente, el que se podría denominar “conceptualista” que cuando las prácticas no se corresponden con las creencias explícitas de los sujetos acerca de esas prácticas, determina adecuación de ellas a las creencias. Y el modelo “descriptivo”, que ante el desfase prescribe que son las creencias las que deben adecuarse a las prácticas.

Para superar la dicotomía anterior hay que apelar al “modelo mejorativo” del que resulte un concepto-meta que sustituya al de objetividad como rector del periodismo.

Es imperioso construir un concepto meta que sustituta al de objetividad, el que se encuentra en un callejón sin salida. Es fundamental para que los periodistas podamos comprender nuestra participación en el proceso cultural. Y es imprescindible contar con un concepto regulador cuya función sea sostener toda una práctica que se revela trascendente para la vida social. Porque el periodismo es la forma cultural preeminente de nuestra era: ocupa más recursos en su producción y distribución que cualquier otra creación de contenidos y es consumido rutinariamente por más gente en todo el mundo.

Y ese estatus cultural privilegiado que lo ubica en el centro de la vida pública se explica en gran medida al distinguirse de otras producciones culturales por ser una de las pocas que se apoyan en la “factualidad” concepto referido a lo real en oposición a lo imaginado y ficcional. Sin esas bases, todo su edificio cultural se desmoronará.

### **¿Qué profesión es ésta de periodista?**

Hay necesidades humanas que son más o menos eternas. Pero las profesiones que las satisfacen no duran para siempre. Y la mayoría de ellas duran bastante poco medidas en términos históricos. Para los habitantes de cada época lo que lleva un siglo, dos o tres, haciéndose, ya parece algo definitivo, pero no es así. Tomaré como ejemplo el caso de los médicos, los religiosos, los psicoanalistas y los periodistas.

En la Grecia de Sócrates el filósofo era el médico del alma. En la China del siglo XXI el médico del cuerpo también es médico del alma. Lévi-Strauss escribió sobre las sociedades primitivas donde aún la profesión de médico no estaba separada de la de religioso, y contaba cómo la eficacia simbólica permitía a los chamanes y curanderos ayudar a curar a una parte de sus pacientes, o aliviar a todos, por efecto de la sugestión. Un precedente primitivo de la transferencia de Freud y de cuando el paciente le concede a su terapeuta el grado de “sujeto supuesto de saber”, o sea, le cree.

La confesión no existió en la Iglesia Católica desde siempre. A partir del año 1.000 se comienza a generalizar su práctica, en el concilio de Letrán en 1215 se la hace obligatoria aunque sólo una vez por año. Y recién se la institucionaliza como llegó a nuestros días, a partir del concilio de Trento en el año 1545. Paso a paso, la Iglesia fue descubriendo que le hacía bien a la gente ir a contar sus problemas, temores o pecados a alguien con investidura. Nuevamente, otra forma de “sujeto supuesto de saber”, y un antecedente pretérito de “la cura por la palabra” que buscaba Freud en los comienzos de su técnica.

La Iglesia comprobó, también, que la gente se sentía más aliviada si además se le imponía algún castigo moderado. Que después de rezar algunos Padre nuestro o Ave María, sentían que habían saldado sus deudas con la Iglesia, algo equivalente a la recomendación de Freud sobre que los pacientes tenían que pagar, para valorar el tratamiento y para que éste tuviera efecto sobre ellos.

Freud tiene seguidores y detractores, pero lo que nadie deja de reconocerle es haber sido una de las pocas personas en la historia que pudo inventar una profesión: la del psicoanalista, con su derivado, el psicoterapeuta. Una profesión que obviamente tiene reminiscencias en la confesión y no es casual que

haya surgido con el debilitamiento de la fe religiosa, la que Nietzsche anticipó con su “Dios ha muerto”. La época pedía un nuevo “sujeto supuesto de saber” y para muchos los curas ya no calificaban para esa ocupación.

Los periodistas también somos “sujetos supuestos de saber”, también nuestro saber es puesto en discusión y debe re-legitimizarse para aspirar a sobrevivir, como cualquier otra profesión, renovando su utilidad, eficacia simbólica y credibilidad. Ya no alcanza con decir que somos objetivos o independientes para salir airosos de los ataques que enfrentamos.

Para los periodistas no es necesario mirar a nuestros vecinos profesionales, para tener idea del grado de cambio que sufren las profesiones. La propia aparición de la imprenta provocó gigantescas modificaciones en la literatura que se transformó a partir de la reproductibilidad técnica de la escritura. El periodismo, tiene sus precedentes arcaicos pero surge, más o menos como lo conocemos en la actualidad, a partir de que se utiliza por primera vez una imprenta para producir un diario en el año 1604.

Hasta la invención de la imprenta se producían manuscritamente quince mil libros por año, al llegar la Revolución Francesa ya se imprimían centenas de millones de libros. No son acontecimientos sin relación. Las ideas de libertad del siglo XVIII, que hicieron intolerable la existencia de un monarca absoluto, no buscaban sustituir una dictadura basada en la herencia por otra con diferentes imperativos.

La esencia de los nuevos sistemas de gobierno se basó en la división de los poderes: en tres, agregando como auxiliar de estos contrapesos, y para el control entre ellos mismos, al periodismo.

Periodismo, democracia representativa, constitucionalismo y capitalismo fueron construcciones contemporáneas. La idea del periodismo como “cuarto poder”, “fiscal de la república”, “perro guardián” y todas las metáforas similares, aunque de forma reduccionista e imperfecta, reflejan el sistema político que integra el periodismo y le da sustento. Esto es: la democracia burguesa, la división de poderes y el límite a quien gobierne. Muchas veces detrás de la polémica alrededor de lo autodenominado periodismo militante y las críticas a las formas de periodismo profesional e inquisidor de los gobiernos, se esconde muy solapadamente la crítica al sistema mismo de división de poderes.

Rancière dijo que la democracia es “individualismo de masas” y el “reinado del narcisismo”. El postmodernismo encierra latentemente una idea de post-periodismo. Walter Benjamín sostenía que “la pérdida del aura por parte de la obra de arte, –y agrego yo: de cualquier representación trascendente y también del periodismo– no debe tomarse como un fenómeno coyuntural sino como un síntoma de época”.

En un texto conjunto Butler, Žižek y Laclau escribieron que: “si hubiese literalidad última, no habría hegemonía, porque para tener hegemonía necesitamos, que los objetivos sectoriales de un grupo operen como en nombre de una universalidad que los trascienda. Si el nombre (significante) estuviera tan unido al concepto (significado) no habría posibilidades de desplazamiento ni de ninguna rearticulación hegemónica. La representación es constitutiva de la relación hegemónica”, dijeron.

El derrumbe de las certezas y su sustitución por el escepticismo no solo afecta al periodismo sino a múltiples campos, por ejemplo el relativismo interpela también la base epistémica del derecho, minando la legitimidad de los jueces, fuente de control de los otros dos poderes de la democracia burguesa. Pero el periodismo es el más afectado.

En el libro *Imperio* –publicado en el año 2000 por la Universidad de Harvard– Hardt y Negri escribieron que: “El desarrollo de las redes de comunicación tiene una relación orgánica con la aparición del nuevo orden mundial (...) por ello las industrias de la comunicación han tomado una posición tan central. La legitimación de la máquina imperial nace de las industrias de la comunicación, (...) es un sujeto que produce su propia imagen de autoridad”.

Hardt y Negri tienen razón, los medios son grandes máquinas sociales que producen el mundo junto con los sujetos que lo constituyen. Y que como todo amo, para sostener su papel de amo, precisa de su ceguera, muchos medios de comunicación niegan esta realidad. Pero los periodistas, debemos abandonar cualquier retoño del discurso del amo, al que los políticos nos pretenden atraer como aliados o adversarios, y precisamos reformular epistemológicamente nuestros fundamentos y actualizar nuestros protocolos de realización casi newtonianos. Es decir no atravesados por la relatividad.

Gianni Vattimo dijo sobre la filosofía, algo que es perfectamente aplicable al periodismo: “Debería ser débil para recobrar su fuerza” deshaciéndose “de la pretendida metafísica que lo ha caracterizado” y de “imposición violenta de una supuesta evidencia objetiva”, concluyó. No debemos los periodistas temerle a una menor asertividad. El ignorante actual ya no es más quien ignora lo que el maestro sabe, sino quien no sabe lo que ignora.

Mucho se ha dicho sobre que “el periodismo es la historia del minuto” o que “el periodismo es el primer borrador de la historia”. No es extraño que existan debates acerca de la imposibilidad de una representación fidedigna en el periodismo. Tanto la historia como el periodismo tienen ‘existentes’ y ‘ocurrentes’, o sea seres y entidades, más sus predicados.

En *Conceptos de la filosofía de la historia*, Benjamin escribió: “La imagen verdadera del pasado, pasa de largo velozmente. El pasado sólo es atrapable como la imagen que relampaguea, para nunca más ser vista, en el instante que se vuelve reconocible; (...) el historiador –decía Benjamin– entra en empatía con el vencedor, y quienes dominan en cada caso, son los herederos de todos aquellos que alguna vez han vencido; (...) la historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino que está lleno de tiempo de ahora”.

Y sobre el discurso de la historia, Barthes aportó: “La historia pareciera estar contándose sola” en el “discurso histórico llamado objetivo, en el cual el historiador no interviene nunca. Es lo que (...) se llamaba significativamente y con bastante ingenuidad también, la castidad de la historia. La historia objetiva no es otra cosa que un significado infortunado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente, (...) podría decirse que el discurso histórico es un discurso performativo falseado, (...) acto de palabra como acto de autoridad”. Al periodismo también se le achaca ser un discurso preformativo falseado, que por su enorme poder de influencia, al decir hace que sea lo que dice.

De la ironía sobre “la castidad de la historia” a la de la castidad del periodismo hay solo un paso. El desafío del periodismo es integrar valores objetivos y subjetivos. Muchas cosas de la vida no pueden comprenderse desde un objetivismo radical porque no existe el punto de vista de Dios. Pero sí se puede aportar una subjetividad que, contribuyendo a una perspectiva inter-subjetiva, construya algo así como una objetividad humana.

### **La objetividad no es un problema periodístico sino filosófico**

Tradicionalmente se ha sostenido una concepción “absoluta” de la noción de objetividad, la cual no puede sostenerse sin la adopción de compromisos acerca de la naturaleza de otras nociones como las de representación, verdad, realidad y conocimiento. Según esta concepción, la objetividad tiene que ver con la posibilidad de representar *la realidad tal como es*. En este sentido, se considera que *los hechos* son objetivos en tanto que ellos son independientes de los sujetos que establecerán con ellos, en el mejor de los casos, una relación de conocimiento externa a ellos en el sentido de que ambos polos de la relación son independientes entre sí.

La objetividad en tanto carácter de los hechos, enfatiza la idea de independencia respecto de los sujetos cognoscentes y de este modo involucra una caracterización del conocimiento –esa relación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido- que excluye asimismo cualquier interferencia del sujeto cognoscente. Esta concepción del conocimiento tuvo su punto máximo de expresión en la modernidad (por ejemplo en pensadores como Bacon, Descartes, Locke y Hume), donde se cristalizó la idea de que tanto la razón como la experiencia, si realmente eran capaces de brindar genuino conocimiento, debían poder establecer un conocimiento que estuviese fundado no en características singulares de los sujetos particulares de conocimiento (no sólo en tanto individuos sino también en tanto miembros de una cultura, una sociedad, y una especie animal particular) sino en métodos universalmente válidos (aceptables y reproducibles por cualquier sujeto que utilizase adecuadamente la razón) que permitieran por tanto conocer aquella realidad existente con independencia de los sujetos y de su conocimiento.

La realidad era, por tanto, aquello que es objeto de la física y la matemática, las propiedades “primarias” como el movimiento, la extensión y el volumen, y no las “secundarias”, como los colores, olores y sabores, que sí dependen de los sujetos cognoscentes y su constitución física. Es importante resaltar dos nociones fundamentales asociadas a esta concepción “absoluta” de la objetividad. Una es la *independencia*: enfatizando que “objetividad” puede predicarse de la realidad, y en este sentido se corresponde con la afirmación de que ésta es independiente de la mente, de los sujetos, de sus lenguajes y de sus culturas.

La otra es la de *universalidad*: y se predica tanto de los hechos, en el sentido de que los hechos objetivos son “para cualquiera” y no para un sujeto en particular; como así también de los métodos de búsqueda de conocimiento. El concepto de “objetivo” en su carácter de universal aplicado a los métodos tiene que ver con la idea de que hay hechos (objetivos) acerca de cuáles son los métodos

adecuados para adquirir conocimiento los únicos legítimos (objetivos) para *cualquier* sujeto de conocimiento. [Williams, Nagel, Megill, Boghossian].

Estas distintas dimensiones (*independencia* y *universalidad*) de la objetividad permiten explicar cómo, a pesar de que la historia de las ideas ha atravesado diversos cambios, y en particular se ha abandonado una concepción absoluta de la realidad como la defendida en la modernidad, pensadores posteriores han defendido versiones de esta concepción tradicional de la objetividad. Kant, si bien niega la independencia, defiende la universalidad tanto de los hechos como de los métodos de conocimiento, y muchos de los filósofos de la ciencia (pre y post kuhnianos, como, Hempel, Popper y Lakatos) han corrido el eje de la cuestión, admitiendo que si bien no podemos pretender estar en posesión de “representaciones objetivas privilegiadas” en el sentido de haber llegado a conocer aquellas proposiciones que representan la realidad tal como es, sí podemos conseguir predicar objetividad de nuestros métodos, en tanto que tenemos criterios universales para juzgar pretensiones de conocimiento. Por ejemplo, el hecho de que registros fósiles constituyan evidencia a favor de la existencia de dinosaurios es universal, y en este sentido podemos juzgar de irracional a cualquier persona que no lo tenga en cuenta a la hora de llevar adelante una determinada investigación. Sin perjuicio de lo anterior, también ellos admiten que nuestros métodos de búsqueda de conocimiento no son infalibles, y admitirían, tal vez, que hay muchos esquemas conceptuales posibles que representan a los hechos de maneras alternativas.

En parte por las críticas originadas en el relativismo (Rorty, Putnam, Goodman), por las consideraciones kuhnianas y post-kuhneas sobre la racionalidad en ciencia, (Kuhn, Shapin, Barnes) y también por motivos ideológicos vinculados con las consecuencias políticas del etnocentrismo y el enjuiciamiento de culturas diversas como siendo inferiores o pre-rationales, es que ha surgido una posición, a la que Boghossian llama “la doctrina de la igual validez”, según la cual “hay muchos modos de conocer el mundo, radicalmente diferentes, y a la vez igualmente válidos”. Kathleen Lennon, una epistemóloga feminista, afirma sobre este punto:

“Las epistemologías feministas, junto con muchas otras corrientes de epistemología contemporánea, ya no consideran al conocimiento como una reflexión neutral y transparente de una realidad con existencia independiente, con una verdad y una falsedad establecidas mediante procedimientos trascendentes de evaluación racional. Más bien, la mayoría acepta que todo conocimiento es conocimiento situado, reflejando la posición del “productor de conocimiento” en un cierto momento histórico dado y en un contexto cultural y material particular”

Esto niega la independencia de la realidad y del conocimiento en la medida en que ambos dependen del sujeto, uno que ya no es el sujeto trascendental kantiano sino un sujeto empírico y, por sobre todo, culturalmente atravesado. La “diversidad cognitiva” (término acuñado por Stich) hace caer la última pretensión de objetividad que aún quedaba en pie en defensa de algún sentido “absoluto” de objetividad. Defendiendo esta doctrina, la posición teórica más sólida es la del constructivismo social, que afirma que todo conocimiento es social-dependiente *porque* todo conocimiento está construido socialmente.

Pero la doctrina de la igual validez puede asociarse a otras formas extremas de concebir la idea de dependencia (del objeto del sujeto) que habrá que ser muy cuidadoso en no confundirlas como se verá luego en relación con el periodismo militante. Por ejemplo, la consideración de que “cada uno tiene su verdad”, que no tiene demasiado sustento teórico que la defienda excepto formas del escepticismo antiguo (Protágoras decía “el hombre es la medida de todas las cosas”), pero al apelar a la inexistencia de estándares universales de evaluación, no sólo se combate las pretensiones absolutistas de objetividad sino también a posiciones moderadas que pretendan hablar de estándares compartidos por una cultura.

Si bien la preocupación por seguir defendiendo una noción absoluta de objetividad parece anacrónica y poco sensible a las reflexiones intelectuales que tuvieron lugar en los últimos dos siglos, muchos pensadores (MacIntyre, Nagel, Rescher, etc.) han considerado necesario reevaluar la cuestión de la objetividad a la luz no sólo de las preocupaciones disciplinares, sino también al relevar el hecho de que más allá de las discusiones que la noción de objetividad pueda tener en el ámbito académico, en el resto de los ámbitos de la vida humana el término continúa teniendo una importancia práctica, epistémica y moral demasiado ubicua como para ignorar la tarea de intentar brindar una explicación adecuada de ella. La constante apelación en nuestra vida cotidiana a frases como “los hechos como fueron”, “la verdad de las cosas”, “lo que realmente pasó”, “estándares no sesgados”, “argumentación universalmente válida”, etc., motivan en MacIntyre la siguiente reflexión:

*“[Aún si la objetividad fuese] nada más que una máscara para sentimientos y preferencias personales (...) ¿Por qué esta máscara? ¿Qué hay en el argumento racional que es tan importante, que hace que sea la apariencia casi universal asumida por aquellos que se involucran en el conflicto moral?”*

Y en Haskell:

*“[Debemos reconciliar la imagen que nos deja la negación de cualquier pretensión de objetividad con] la pesadumbre en el corazón que todos sentimos luego de leer, por ejemplo, los reportes de Amnistía Internacional. ¿Carecen nuestras objeciones para con la tortura de una base más sólida que esto? ¿Son las prácticas de los torturadores tan sólo el producto de una situación particular cultural e histórica inconmensurablemente distinta de la nuestra?”*

### **El periodismo y la sociedad**

El periodismo no ha sido ajeno a estos debates. De hecho, la cuestión de la objetividad ha sido central a la práctica periodística, y esto se debe a que la auto-imagen periodística está esencialmente atravesada por la adopción de la objetividad como uno de sus valores profesionales fundamentales sumado a nociones familiares como las de transparencia, equidad, balance, neutralidad, etc. Todas estas formas de concebir la cuestión de la objetividad han tenido un correlato directo en las reflexiones teóricas sobre el periodismo. Por supuesto, otro tanto ha ocurrido con aquellas disciplinas cuyo

propósito es la producción de algún tipo de conocimiento. Las discusiones en el terreno de la historiografía han influido notoriamente a aquellas pertenecientes al ámbito periodístico, y es por ello que se incluyen algunas referencias en esta síntesis.

El periodismo posee tres aspectos distinguibles:

- En primer lugar, es una actividad de recolección de noticias y construcción de historias en concordancia con ciertos estándares epistémicos y normas éticas. Esto incluye, entre otras cosas, evaluar cuáles son los eventos más importantes del día, describirlos, y ponerlos en relación con eventos del pasado, del futuro, y del presente.

- En segundo lugar, se pretende que esas representaciones sean adecuadas, es decir, representen adecuadamente “lo que sucedió”.

- Y en tercer lugar, es una institución, y como tal cumple un rol en la construcción social de la realidad.

Es posible comprender las reflexiones que el periodismo y la cuestión de la objetividad han suscitado a la luz de estos tres aspectos. El periodismo, hacia fines del siglo XIX (y tras independizarse de los partidos políticos hacia mediados de 1830) terminó de constituir su identidad profesional alrededor de la objetividad como valor central. Sin embargo, debido a las críticas a la noción de objetividad en tanto representación adecuada de la realidad que ya se encontraban hacía tiempo en el aire intelectual de fines de siglo, y tras las críticas que tuvieron lugar en el período específico de entreguerras sobre la real posibilidad de hacer un periodismo que no fuese propagandístico o tendencioso, las primeras reflexiones sobre la objetividad en el periodismo apuntaron no a la pretensión de “representar la realidad tal como es” (pretensión de independencia que ya había sido abandonada) sino directamente a establecer la posibilidad de objetividad en la actividad misma, y en los métodos asociados a ella, o sea, haciendo énfasis en la universalidad de los métodos. Es decir, frente a las críticas a la posibilidad de que las primeras dos dimensiones del periodismo mencionadas arriba fuesen más que un espejismo anacrónico.

No obstante algunos teóricos, fundamentalmente Walter Lippmann, intentaron restituir la primera de las dimensiones:

*“Sin protección contra la propaganda, sin estándares de evidencia, sin criterios de énfasis, la sustancia viviente de toda decisión popular está expuesta a todos los prejuicios y a una infinita explotación” y “...el buen periodismo requiere el ejercicio de las virtudes científicas más altas” (Lippmann 1922)*



En el caso de la historiografía, si bien ocurrió una contra-reacción paralela a la ocurrida en el periodismo, que dio lugar a una retraída del anti-historicismo durante la Guerra Fría, hacia 1960 y hasta la actualidad se contempla con bastante escepticismo el ideal historicista ingenuo de una historiografía objetiva. Sin embargo –y este podría ser otro ejemplo de las contrariedades en las que nos pone un anti-objetivismo radical- recientemente, en 1996, el juicio Irving vs Penguin Books-Lipstadt puso de relieve la necesidad de apelar a estándares de objetividad historiográfica. Se trató de un caso en el que la cuestión giraba en torno a la calidad historiográfica de un libro publicado por David Irving en el que se negaba la existencia del Holocausto. El conflicto teórico para un anti-objetivista es claro: Si lo único que la historiografía puede hacer es construir narrativas, aceptando como legítima únicamente a la dimensión institucional de la historiografía, entonces el único sentido en que puede afirmarse que un historiador que niegue el holocausto está procediendo incorrectamente está asociado a que estaría construyendo un relato políticamente pernicioso, pero no hay ningún estándar específicamente historiográfico que pueda decirse que está violando. Un anti-objetivista está comprometido a afirmar que dicho autor está haciendo *exactamente* lo que se espera que los historiadores hagan: construir narrativas sobre el significado de los eventos históricos. La manipulación de la evidencia histórica no encuentra un lugar de condena desde esta perspectiva.

En el periodismo, a pesar de todo, se ha mantenido hasta el día de hoy valores como la neutralidad o la imparcialidad, que en rigor sólo se explican mediante un solapado compromiso con algún tipo de objetividad absoluta. El problema con esta forma de comprender la tarea periodística es múltiple. Esto, a su vez, repercute en la fiabilidad y la credibilidad del periodismo. En la práctica muchas veces el estilo imparcial tan sólo es un modo de encubrir las opiniones del periodista. Por ejemplo: reflejar pasivamente una pluralidad de voces no siempre se traduce en balance o equidad cuando las partes en disputa tienen diferencias en su estatus económico, político o social. En esos casos, resulta injusto representarlas como iguales. También repercute en los efectos epistémicos del periodismo, en la medida en que la apariencia de neutralidad genera la reducción de la comprensión pública, al evitar la evaluación por parte del periodista de aquello que relata, como así también de la contextualización y provisión de marcos generales, en la medida en que éstos a la larga comprometerían a los periodistas a adoptar una posición definida.

Sin apelar a alguna noción de verdad, de objetividad en tanto tratar de representar a los hechos tal y como fueron, el periodista se convierte en un mero transmisor de una pluralidad de voces, un espejo de la cacofonía global sin una justificación para este rol pasivo.

Por todo esto, ha habido recientemente en el periodismo una contra-reacción, que detectando el solapado compromiso del periodismo con un ideal de objetividad absoluto, y sabiéndolo inalcanzable, concluye que lo más honesto es admitir la imposibilidad de objetividad, considerando como legítimo únicamente el tercer aspecto mencionado del periodismo. Es decir, el periodismo es una institución social, constructora de realidad, y por lo tanto, debe apuntar a favorecer la construcción de la mejor realidad posible. El ejemplo vernáculo de esta posición es conocido como “periodismo militante”.

El problema con esta posición no es la aceptación del tercer rasgo del periodismo, sino la negación de los otros dos. Si no es posible recuperar algún sentido de objetividad para el periodismo, entonces no habrá modo de evaluar internamente al periodismo. Es importante aquí retomar las inquietudes de Haskell, Nagel y MacIntyre, e intentar reflexionar a la luz de ellas el caso particular del periodismo. El problema de la objetividad en el periodismo es fundamental y no meramente desde el punto de vista teórico, sino principalmente desde el punto de vista práctico. Así como MacIntyre mencionaba la importancia de la noción de objetividad en nuestra vida cotidiana, la cuestión de la objetividad en el periodismo no es sólo un presupuesto permanente en nuestros juicios cotidianos de periodismo bueno y malo sino, por sobre todo, el núcleo central del compromiso entre el lector y el periodista.

Cuando una persona abre un diario y se dispone a leer una nota, espera que quien la escribe haya sido objetivo y no falte a la verdad. El desafío, entonces, es restituir una noción alcanzable de objetividad, que sustente la práctica periodística en su primera dimensión, a la vez que reconcilie la actividad con las presuposiciones de objetividad ancladas en nuestras prácticas. Es mirando a las mismas prácticas que podremos identificar la función central que la noción de objetividad está cumpliendo, y es a partir de esto que podremos dar con la noción adecuada a las mismas.

En este sentido, valen los aportes de filósofos como MacIntyre, Nagel, Haskell y Talisse, entre otros; y del teóricos del periodismo como Lehtinen, Hildebrand y Ward, cuyas reflexiones apuntan al mismo objetivo: reconstruir una noción pragmática de objetividad que nos permita explicitar aquellos estándares epistémicos de corrección y evaluación propios de la disciplina cuya función es fundamental en cualquier sociedad democrática.

Esto último es importante porque dado la conflictividad actual entre el gobierno y periodismo profesional es esencial entender que la concepción de lo llamado en la Argentina actual “periodismo militante” es asimismo extrema y teóricamente vacua, en la medida en que parte de una mala y pobre concepción de la “doctrina de la igual validez”. Cualquier posición teóricamente más sólida de relativismo, como el constructivismo social, admite que las comunidades comparten estándares metodológicos de objetividad y, por lo tanto, dentro de una comunidad socio-política es posible hablar de ellos.

No es posible, entonces, apelar a la defunción de una noción de objetividad absoluta para justificar la negación de estándares metodológicos regulativos del periodismo dentro de una comunidad democrática como la nuestra.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1987.
- Benjamín, Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*. Buenos Aires: Agebe, 2011.

Boghossian, Paul. *El miedo al conocimiento: contra el relativismo y el constructivismo*. Madrid: Alianza, 2009.

Butler Judith, Laclau Ernesto, Žižek Slavoj. *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Dewey, John. *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Morata, 2004.

Foucault, Michael. *Sobre la ilustración*. Madrid: Tecnos, 2006.

Habermas, Jürgen. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1982.

Hardt Michael, Negri Antonio. *Imperio*. Barcelona: Paidós 2000.

Kant, Immanuel. *Filosofía de la historia: Qué es la Ilustración*. La Plata: Terramar, 2004.

Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

Lippmann, Walter. *La opinión pública*. Madrid: Langre, 2003.

MacIntyre, Alasdair. *Tres versiones rivales de la ética*. Madrid: RIALP, 1992.

Mill, John Stuart. *El Utilitarismo*. Madrid: Alianza, 2002.

Nagel, Thomas. *Una visión de ningún lugar*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Rorty, Richard. *Verdad y progreso*. Barcelona: Paidós 2000.

Vattimo Gianni, Rovatti Pier. *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra, 1988.

## CITADOS

En orden de aparición e el texto

Sócrates (470-399 a. C) filósofo griego.

Lévi-Strauss, Claude (1908-2009) antropólogo francés.

Freud, Sigmund (1856-1939) psiquiatra austríaco.

Nietzsche, Friedrich (1844-1900) filósofo alemán.

Rancière, Jacques (1940) filósofo francés.

Benjamín, Walter (1892-1940) filósofo alemán.

Butler, Judith (1956) filósofa norteamericana.

Žižek, Slavoj (1953) filósofo esloveno.

Laclau, Ernesto (1935-2013) Sociólogo argentino.

Hardt, Michael (1960) filósofo norteamericano.

Negri, Antonio (1933) filósofo italiano.

Vattimo, Gianni (1936) filósofo italiano.

Barthes, Roland (1915-1980) semiólogo francés.

Bacon, Francis (1561-1626) filósofo inglés.

Descartes, René ((1596-1650) filósofo francés.  
Locke, John (1632-1704) filósofo inglés.  
Hume, David (1711-1776) filósofo inglés.  
Williams, Bernard (1929-2003) filósofo norteamericano.  
Nagel, Thomas (1937) filósofo norteamericano.  
Megill, Allan (1956) filósofo norteamericano.  
Boghossian, Paul (1957) filósofo norteamericano.  
Kant, Immanuel (1724-1804) filósofo alemán.  
Hempel, Carl (1905-1997) epistemólogo alemán.  
Popper, Karl (1902-1994) filósofo austríaco.  
Lakatos, Imre (1922-1974) filósofo húngaro.  
Rorty, Richard (1931-2007) filósofo norteamericano.  
Putnam, Hilary (1926) filósofo norteamericano.  
Goodman, Nelson (1906-1998) filósofo norteamericano.  
Kuhn, Thomas (1922-1996) filósofo norteamericano.  
Shapin, Steven (1943) sociólogo norteamericano.  
Barnes, Jonathan (1942) filósofo inglés.  
Lennon, Kathleen (1952) epistemóloga inglesa.  
Stich, Stephen, (1943) filósofo norteamericano.  
MacIntyre, Alasdair (1929) filósofo inglés.  
Rescher, Nicolas (1928) filósofo alemán.  
Protágoras (485 a. C.-411 a. C. ) sofista griego.  
Haskell, Thomas (1958) historiador norteamericano.  
Lippmann, Walter (1889-1974) periodista norteamericano.  
Lipstadt; Deborah (1947) historiadora norteamericana.  
Talisie, Robert B. (1970) filósofo norteamericano.  
Lehtinen, Aki Petteri (1973) profesor de periodismo finlandés  
Hildebrand, Joe (1976) profesor de periodismo australiano.  
Ward, Stephen (¿) profesor de periodismo norteamericano.